

haro tecglen

MANIPULACIONES Y FASCISMOS

«Manner before moral», dice una vieja frase, quizá autocrítica, de los Ingleses. Los buenos modales por encima de la moral, la estética por delante de la ética. Se lleva ahora en Europa el elegante traje de una democracia manipulada. Tiene el rostro amable y paternal de Pompidou o de Wilson. Los dictadores griegos no están vestidos a la moda. Se les pidió hace quince meses que se mandasen cortar otro traje político, que se construyeran leyes y normas para el juego. No lo han hecho. No han sabido preparar unas elecciones, unas leyes de prensa, una constitución, un parlamento que acogote las libertades sin parecerlo. No han sabido ser europeos occidentales. Su fascismo es demasiado evidente, no está disfrazado. El Consejo de Europa, movido en este caso especialmente por los ingleses y los escandinavos, con ciertas dudas de Francia y de Italia, con ciertas reservas de Alemania, decidió expulsar a los griegos. Media hora antes de la votación, los griegos decidieron retirarse del Consejo de Europa. El Consejo de Europa es un «club» liberal. No tiene nada que ver con los militares de la OTAN, con los comerciantes del Mercado Común. No participan en él los Estados Unidos. En cambio, figura Suiza, que nunca quiere formar parte de los organismos Internacionales. Su acción principal es la defensa y salvaguarda de los Derechos del Hombre, lo cual no impide que participe Francia, que jamás ha ratificado la convención europea de derechos del hombre. Es un «club» de buenos modales. Pipinellis, el viejo ministro de Asuntos Exteriores de Grecia, les ha llamado «hipócritas», en el momento de su rabotada, de su salida del «club». Ha elegido denunciar a los denunciantes: «Es obvio que el Consejo ha renunciado a su calidad de juez imparcial y a su misión de campeón de la unidad de Europa». Para los ingleses, sus principales acusadores, ha sido más duro: «¿Cómo pueden hablar de torturas los torturadores de Chipre?». Podría haber añadido, si le hubiera convenido, que el principio de las torturas en Grecia estuvo a manos de los ingleses en la represión de la resistencia, y que en el origen de la situación griega están, históricamente, los ingleses. No habría hoy coroneles en el poder si no hubiese habido soldados británicos en Grecia en 1945. Las corrientes eléctricas, las brutalidades con los prisioneros, menudean desgraciadamente en todo el mundo. Gran Bretaña, ¿no ha aprobado la política americana en el Vietnam después de conocerse detalladamente la matanza de My Lai? ¿No ha dicho uno de sus ministros que «son cosas de la guerra»? En este punto, la actitud de los Estados Unidos ha sido más práctica. Desde fuera del Consejo de Europa ha tratado de presionar para que Grecia no fuese expulsada. Ha aludido a «razones de orden práctico». Como, por ejemplo, que la situación en el Mediterráneo requiere que en esa zona haya regímenes fuertes, que Grecia podría volverse, desechada, al neutralismo. La derrota de Grecia en el Consejo de Europa es, simultáneamente, una derrota de los Estados Unidos. Los torturadores de la calle de Bouboullinas, en Atenas —la sede de la policía política en Atenas—, se unen en esta hora mala con los torturadores de My Lai y de los «Pan-



El ministro griego de Asuntos Exteriores, Panayotis Pipinellis.

teras Negras». Las malas maneras, los malos modales, no se aceptan en el Consejo de Europa.

La situación en el Mediterráneo hubiera podido favorecer, quizá, un golpe de Estado en Italia. El rumor apareció por primera vez en el «Guardian» de Manchester, lo amplió el «Observer» de Londres, lo ha recogido extensamente el «Espresso» italiano. El complot o supuesto complot venía de Grecia. Se dice que el embajador griego en Roma, por órdenes de su jefe de gobierno, Papadopoulos, había entrado en contacto con jefes y oficiales del ejército italiano. El «Guardian» ha publicado una carta de Papadopoulos a su embajador. Un parlamentario italiano ha declarado: «Si Grecia quiere enviarnos su régimen tendrá que enviarnos también algunos coroneles. Los de aquí no se prestan a eso». Pero el fascismo está demasiado próximo en el tiempo como para imaginar, por una ley misteriosa, que no hay italianos dispuestos a la dictadura. La situación en Italia es demasiado grave, demasiado dura como para no poder imaginar que hay gentes dispuestas a muchas cosas. Y la situación del Mediterráneo ya forzó una vez a los Estados Unidos a apoyar a los golpistas griegos, que sacaron a la calle los tanques y las tropas de la OTAN para triturar los restos de la democracia. ¿Qué garantías hay de que no podría ocurrir semejante cosa en Italia?

A la luz de esta sospecha, los atentados de Roma y Milán podrían tener el significado de una provocación. Catorce muertos inocentes dentro de una situación caótica, con un gobierno minoritario y prácticamente en estado de perpetua dimisión, con unos partidos políticos divididos y perplejos, en medio de olas de huelgas y de manifestaciones continuas, podrían ser motivo

EN PUNTO

suficiente para que quienes lo ambicionan pudieran lanzarse a la calle con el clásico bando de «restauración del orden», con la «provisionalidad de una situación» que «restaure las normas» mientras «se prepara una verdadera democracia». Los sangrientos atentados podrían ser una provocación de la extrema derecha, de los neofascistas, para dar origen a una situación de fuerza. Una repetición del incendio del Reichstag, que permitió a los nazis una represión enorme, la suspensión de las libertades parlamentarias y la anulación de toda oposición.

Si hubiese existido tal complot, es posible que la decisión del Consejo de Europa hubiera sido útil para abortarlo, y también la denuncia de la prensa británica e italiana. Además de la enorme incertidumbre de la aventura. Las organizaciones obreras, políticas y sindicales tienen en Italia, hoy, una fuerza considerable. En cierta forma, las bombas han servido para dar la verdadera medida de la situación italiana. La política se ha reconvertido de pronto, de lo que era antes, un juego cínico, un elemento para caricaturistas y cómicos de teatro y cabaret, en algo profundamente serio. Las trescientas mil personas que acudieron en Milán al entierro de las víctimas parecen significar, sobre todo, que hay una inmensa mayoría de personas que no quieren que la política se convierta en sangre.

Pero si los acontecimientos de Roma y Milán no han desembocado en el golpe de Estado, si el golpe de Estado era probablemente fantasmal, han servido en cambio para que se comente una vez más la supuesta impotencia de la democracia para guardar el orden público. Estas críticas pueden conducir insensiblemente al golpe de Estado directo o al golpe de Estado invisible, técnico. En Grecia, Patakos sacó sus tanques en nom-

bre de esa debilidad de la democracia. En Francia, las bombas de la OAS sirvieron para que De Gaulle desempolvara su uniforme y su retórica y diera un golpe de Estado técnico, legalizado por una institucionalización —prolongación del mandato presidencial, refuerzo del Presidente sobre el gobierno, debilitación de la Asamblea, intento de anulación del Senado— y prolongado después con una mayor tendencia a la derecha por el sucesor Pompidou y el jefe de gobierno Chaban-Delmás. Este tipo de regímenes no excluye totalmente la posibilidad de desórdenes, pero los canaliza. Pompidou y Chaban-Delmás tratan de capitalizar las huelgas, como lo hace Wilson en Gran Bretaña, y situarse como los únicos diques posibles. Es la democracia manipulada.

Puede que Italia entre ahora más adentro de ese camino. El sobresalto milanés la inclina a ello. Sería una corrección del movimiento del poder más hacia la derecha. Puede que Grecia trate de entrar también en ese camino mediante ciertas renuncias-ficción a la dictadura. El discurso de Papadopoulos de la noche del lunes, en el que afirmaba «la defensa de la civilización grecocristiana», contenía una alusión a las elecciones libres que han de celebrarse, pero sin referencia de ninguna clase a la fecha y las modalidades de tales elecciones. Entre la democracia manipulada y la dictadura disfrazada están, por ahora, todos los matices que puedan permitirse los europeos occidentales. No son muchos. Son los límites en los que se sitúa el Consejo de Europa.

En las páginas 10 y 11, el informe confidencial del ministro griego de Asuntos Exteriores a su embajador en Roma: «El fantasma de los coroneles».



Los atentados de Roma y Milán podrían tener el significado de una provocación. En la foto, el Banco Nacional Agrícola de Milán después de la explosión.